



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de tapa y portadas interiores: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

Corrección de contenidos: Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso
Alicia Vaggione

••
Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

AUTORIDADES FFyH-UNC

DECANA

Lic. Flavia Andrea DEZZUTTO

SECRETARÍA ACADÉMICA

Secretaria: Lic. Vanesa Viviana LÓPEZ
Subsecretaria: Lic. María Luisa GONZÁLEZ

SECRETARÍA DE COORDINACIÓN GENERAL

Secretario: Prof. Leandro Hernán INCHAUSPE

SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN

Secretaria: Cra. Graciela del Carmen DURAND PAULI

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN

Secretario: Dr. José María BOMPADRE
Subsecretaria: Prof. Virginia CARRANZA

SECRETARÍA DE POSGRADO

Secretario: Dr. Andrés Sebastián MUÑOZ
Subsecretaria: Dra. María Laura FREYRE

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN, CIENCIA Y TÉCNICA

Secretaria: Dra. Carolina ÁLVAREZ ÁVILA

SECRETARÍA DE ASUNTOS ESTUDIANTILES

Secretaria: Lic. María MARTÍNEZ
Subsecretaria: Dra. María Eugenia GAY

PROSECRETARÍA DE RELACIONES INTERNACIONALES E INTERINSTITUCIONALES

Prosecretario: Dr. Guillermo Javier VÁZQUEZ

OFICINA DE GRADUADOS

Coordinadora: Lic. Carolina RUSCA

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinadora: Dra. Candelaria DE OLMOS

PROGRAMA DE DERECHOS HUMANOS

Coordinador: Dr. César Diego MARCHESINO

**PROGRAMA GÉNERO, SEXUALIDADES Y
EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL**

Coordinador: Lic. Carlos Javier LÓPEZ

ÁREA DE CULTURA

Coordinador: Dr. Claudio Fernando DÍAZ

SECRETARIA PRIVADA DEL DECANATO

Prof. Ramiro PEREZ

PROGRAMA UNIVERSITARIO EN LA CÁRCEL

Coordinadora: Lic. Flavia Romero



La enseñanza de la Historia durante la pandemia COVID-19

*Constanza Labate**

Uno de los elementos más importantes a la hora de abordar cualquier estudio histórico es el contexto. Es el instrumento con más relevancia y determinación que los historiadores —cualquiera sea su objeto de estudio, interés o tema a investigar— tienen en cuenta y mediante el cual hacen sus afirmaciones e hipótesis. Es por lo que, durante nuestra labor, cuando accionamos como historiadores y como docentes en la enseñanza de la Historia —y, a la vez, como sujetos protagonistas de las coyunturas presentes— es imposible ser ajeno a las problemáticas que nos atraviesan durante nuestras prácticas.

* Egresada del Profesorado en Historia (FFyH-UNC).



constanza.labate@mi.unc.edu.ar

Este artículo tiene la pretensión de lograr un aporte significativo en torno a algunos límites y desafíos actuales, en el contexto de la pandemia del COVID-19, que atraviesan la enseñanza de las Ciencias Sociales, en general, y de la Historia, en particular.

Para ello, es imperante rescatar algunas problemáticas y debates que se dieron como consecuencia del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), pero también —y sobre todo—, que están íntimamente ligados a algunas concepciones, presupuestos, imaginarios y experiencias sociales y políticas arraigadas en la sociedad argentina del siglo XXI. Es decir, se nos impone rescatar algunas categorías que en la actualidad están siendo puestas en debate por algunos sectores sociales; desnaturalizarlas y repensarlas al calor de esta contingencia. Para ello, debemos indagar qué aportes podemos hacer desde nuestro lugar como docentes y trazar una relación entre el pasado y el presente de estos conceptos y categorías. Estos últimos, hoy, caen fácilmente en un anacronismo sintomático en una sociedad que sufre la sobreenformación y manipulación constante de algunas experiencias históricas, que dejan entrever una *vuelta atrás* de ciertas representaciones político-sociales fundamentales para la historia reciente argentina.

En ese sentido, proponemos reflexionar sobre algunos ¿falsos? debates que son propiciados en los medios de comunicación y que, a nuestro entender, dificultan la enseñanza de la Ciencias Sociales y, en particular, de la Historia; pero que, a su vez, son una posibilidad para que, desde nuestras prácticas docentes, podamos invitar a nuestros estudiantes a problematizar dichos conceptos y relacionarlos con otros conocimientos adquiridos a lo largo de su formación. De este modo, será posible reconstruir una mirada analítica, crítica e integral del contexto pandémico actual en Argentina, pero también en el resto del mundo.

¿Qué puede aportar la enseñanza de la Historia al análisis crítico de la pandemia?

En las últimas décadas, la enseñanza de la Historia tiene, como objetivo específico y de corto plazo, el abordaje de situaciones problemáticas

dentro de un esquema crítico que aporte una mirada integral sobre el período histórico a estudiar. Esto quiere decir que es imposible estudiar o preguntarse sobre cualquier sociedad si no se plantean preguntas que puedan analizarse desde una perspectiva crítica, así como también desde varios niveles de análisis: es importante integrar las concepciones, debates y tensiones que se especifican en cada caso, en la esfera de lo político, lo social, lo cultural, lo económico, etc. Los aportes que se integran entre estos aspectos dan cuenta de la complejidad social a la que nos acercamos y que es preciso tener siempre presente para discutir sobre su devenir histórico.

Tomando como punto de partida el paradigma crítico del abordaje de situaciones problemáticas en la historia —en este caso, sin dudas, la pandemia es un hecho que claramente podemos catalogar como histórico—, tampoco podemos dejar de lado otros dos elementos que la enseñanza de la Historia actual propone en todos los casos para el análisis de un hecho histórico: la multicausalidad y el anacronismo. Es decir, ningún fenómeno histórico puede ser entendido ni explicado como consecuencia de un hecho anterior. Por el contrario, la multicausalidad nos propone integrar las esferas o niveles que componen una sociedad —social, político, económico, cultural, etc.—, pero también los fenómenos previos que atraviesan dichas esferas y que complejizan los elementos previos.

Con respecto al anacronismo, entendido como la intención de traspasar de una época anterior ciertos conceptos o categorías propias y cargadas de significado hacia la actualidad y, a partir de allí, analizar y/o describir las sociedades presentes, el consenso sobre la enseñanza —y, también, la investigación— histórica es muy claro: los anacronismos —según el diccionario: “Error consistente en confundir épocas o situar algo fuera de su época” (Real Academia Española, s.f., definición 3)— están expresamente prohibidos.

No solo porque si se utilizaran, no tendría sentido el debate, la construcción de nuevos sentidos sobre esas categorías o conceptos, sino porque, además, no son fieles a la propia coyuntura que va cambiando. Como todo lo producido por el hombre, los hechos históricos también son productos de cambios, transformaciones, como los significados que le damos a las cosas. En fin, la historia no se repite, cambia. Y, en ese cambio, también se transforman los significados, no solo en la

práctica concreta de los historiadores, las investigaciones, las teorías; sino también y, sobre todo, en el concreto social, donde los actores sociales le otorgan a esos conceptos nuevos significados. A partir de estos nuevos significados, es que el historiador puede acercarse a la sociedad que está estudiando y comprenderla en su singularidad. Porque, a la hora de llevar adelante nuestras prácticas docentes de Historia, nos constituimos como historiadores para enseñar determinadas categorías que estamos convencidos que son relevantes para los debates actuales y que, además, serán grandes herramientas con las que nuestros estudiantes podrán contar para estudiar el período histórico, pero fundamentalmente también para repensar la actualidad. Como señalaba Bloch, los historiadores siempre buscan “comprender el pasado a la luz del presente, como así también el presente a la luz del pasado” (citado en Bourd e y Martin, 1992, p. 37).

Pero, más allá de estas rápidas consideraciones con respecto a la utilidad de la disciplina histórica, nos interesan sus propuestas en torno al análisis de hechos históricos, para comenzar a realizar algunas reflexiones sobre la pandemia y sus efectos en la sociedad argentina actual. Es, en ese sentido, que quisiéramos reflexionar sobre la pandemia del COVID-19 con la que actualmente convivimos: una reflexión que nos permita repensar, desnaturalizar y deconstruir conceptos y categorías, como lo hacemos usualmente en las clases de Historia, pero sobre todo, aún más, en el marco de algunos debates político-sociales que propician ciertos sectores de la sociedad argentina actual y que nos recuerdan otros problemas y discusiones propios de la conformación del Estado nacional hacia principios del siglo pasado.

Por esto, concretamente, entiendo que la Historia es una herramienta fundante del pensamiento crítico, el cual queremos enseñar a nuestros estudiantes. Es a partir de él que los ayudamos a que se desarrollen como futuros profesionales —sea en el ámbito social que sea— y dentro del cual puedan contribuir a conformar una sociedad más democrática, fortalecida, tolerante e igualitaria. De acuerdo con esto último, para cumplir con este objetivo general que proponemos para la enseñanza de la Historia, deberíamos pensar algunas metodologías que la Historia ha tenido siempre presente y ha utilizado sistemáticamente para analizar hechos históricos.

En primer lugar, podríamos decir que la Historia cuenta con un método de abordaje comparativo que hace posible y convierte en enriquecedor el contraste y la complementariedad que existen entre dos o más hechos históricos que nos interesen: así es como, por ejemplo, hoy, han resurgido algunas investigaciones históricas sobre diferentes pandemias y cómo ellas han afectado a las diferentes sociedades a su paso. Hemos visto en los medios de comunicación cómo han circulado muchos especialistas en esta materia —desde sociólogos hasta médicos— y daban cuenta de diversas estrategias utilizadas en el pasado, en el marco de otras pandemias, en Argentina y en el mundo, buscando *trasladar* dichos métodos a la actualidad como si pudiéramos actuar de la misma manera que en 1918 o 1956... Allí, radica la riqueza del momento actual: si ya tuviéramos la *receta* de cómo actuar, carecería de valor el propio estudio de la historia. Esta puede darnos pistas, dejarnos preguntas o balances sobre cuál sería la forma más acertada de encarar un hecho histórico de la magnitud de una pandemia, pero jamás será un producto acabado, ya que la singularidad del contexto se impone. Las características propias de cada momento en cada sociedad hacen que los resultados sean variados y dependan de otros factores políticos y culturales que, en este mismo momento, siguen transformándose, creándose y desarrollándose.

Lo que aporta la enseñanza de la Historia en términos comparativos es poder asimilar la situación desde una mirada esperanzadora: cuando decimos *esto también va a pasar* o desde una mirada crítica: *qué no se hizo en el pasado y que hoy sí podríamos hacer para salvar vidas/mejorar la calidad de vida en el “mientras tanto” de la pandemia/recuperar la economía de la forma más rápida posible, beneficiando a la mayoría, etc..* Además, podríamos pensarlo en términos comparativos con relación a los recursos disponibles con los que contamos hoy: no es lo mismo pensar en la pandemia de la peste negra de 1348 o en la gripe española de 1918 que en la del 2020: hoy sabemos la importancia de fabricar y aplicar una vacuna en la población, las medidas de higiene, las formas de contagio y la relación de esto con los contactos sociales, lo cual está íntimamente relacionado con los valores de la solidaridad y los lazos afectivos que como sociedad queremos crear con los otros —no solo con nuestros familiares—. Asimismo, esta situación nos permite pensar la posición ética de cada uno a la hora de poner en acción

la responsabilidad ciudadana y el compromiso individual con la sociedad toda para la erradicación del virus y la contención de la pandemia.

Por lo tanto, una vez más la Historia como las Ciencias Sociales demuestran ser disciplinas insoslayables para abordar problemáticas actuales desde experiencias pasadas, pero también en la constitución actual de una cultura —en el más amplio sentido de la palabra— basada en la *solidaridad activa* que conforme lazos sociales más fuertes y perdurables.

Por otro lado, la enseñanza de la Historia nos permite el acercamiento al contexto actual desde su particularidad. De ese modo, podemos diferenciar, por ejemplo, a qué nos referimos cuando hablamos de pandemia, sea desde su tratamiento global o en sus efectos en Argentina, ya que, en el marco del mundo globalizado e interconectado, nuestro país se verá afectado como consecuencia de esta. En ese sentido, creo interesante diferenciar la pandemia de una crisis o, al menos, proponer a nuestros estudiantes la oportunidad de repensar y discutir qué entendemos por crisis, cuándo en Historia se habla de que *hubo una crisis* y, en particular, en la historia argentina, a qué momentos históricos aludimos cuando nos referimos a una crisis. Por todo esto, podemos dejar planteadas algunas cuestiones: ¿por qué la pandemia del COVID-19 se asimila discursivamente a una crisis propia y no a un hecho histórico mundial que, indefectiblemente, afectará a todos los países, aunque a cada uno de ellos de forma diferente? ¿Qué implicancias simbólicas tiene, en particular para la Argentina, referirse a esta pandemia como una crisis, teniendo en cuenta el pasado reciente y la sensibilidad que esto despierta?

En definitiva, con base en estas preguntas, el rol de la memoria histórica en relación con las experiencias cercanas de la sociedad argentina contemporánea juega un papel fundamental e incide directamente en la construcción de discursos hegemónicos que hoy proponen, desde perspectivas posmodernas y relativistas, conceptos erróneos, análisis apresurados y versiones simplistas de la realidad nacional.

Conceptos, neologismos y falsos debates

Nos interesa resaltar algunos debates en torno a conceptos propios de las Ciencias Sociales que proponemos problematizar en las clases de

Historia, en el marco de la pandemia. Algunos de ellos se han transformado en tópicos o banderas que ciertos sectores sociales quieren imponer como reales. Desde la Historia, estas categorías son significativas para el estudio del pasado y para analizar críticamente el presente.

Desde una mirada constructivista del aprendizaje, proponemos recuperar el valor instrumental del aprendizaje, en tanto la educación habilita la transformación de contenidos culturales en entidades psicológicas subjetivas, permitiendo que los estudiantes se apropien de conocimientos que generen capacidades vinculadas a prácticas sociales significativas. Es decir, el enfoque constructivista nos propone poner en práctica un aprendizaje significativo, lo que implica activar el conocimiento previamente construido para cimentar el nuevo.

En ese sentido, como señala Vygotsky, el aprendizaje significativo es la posibilidad de recuperar el sentido y no solo el significado de conceptos, en el marco de la experiencia externa compartida (citado en Luque Lozano, Ortega Ruiz y Cubrero Pérez, 1997). Esta experiencia, hoy más que nunca, nos convoca a vincularnos como sociedad creando lazos de solidaridad y de cuidado como pares, desde lo cotidiano con responsabilidad ciudadana.

Los conceptos que, desde mi experiencia docente he trabajado en relación pasado-presente y que me parecen pertinentes poner en debate en este contexto para resignificarlos en nuestras clases, son aquellos conceptos que fueron ¿reutilizados? para deslegitimar, cuestionar y proponer una mirada acrítica, simplificada y peligrosamente intolerante desde un sector reaccionario y conservador de la sociedad que está tergiversando la importancia de estas categorías analíticas y el peso específico que han logrado a través de la historia argentina, así como también la apropiación de algunos de ellos por parte de la ciudadanía argentina. Sin más, me refiero a conceptos como: dictadura, comunismo, golpe de Estado, crisis y derechos humanos, entre otros. Categorías que no solo están cargadas de historicidad para nuestro país y fueron producto de un proceso muy amplio y complejo de debates y luchas entre sectores sociales para su defensa, sino que, a su interior, en su propia composición y significación son consecuencia de tensiones y están aún ahora en disputa.

En ese sentido, el historiador Koselleck (citado en Abellán, 2007) dice que: “los conceptos no tienen historia” (p. 21). Que los conceptos

no tengan historia y, sin embargo, contengan una historia, significa en sí que los conceptos, al ser utilizados en espacios concretos, no transmiten significado, sino experiencias que se representan en temores o esperanzas; los conceptos paralizan o movilizan, atraen y proyectan, generan recuerdos o expectativas al ser utilizados en espacios políticos —prensa, asambleas o movilización social—. Estos conceptos son utilizados en un espacio de desacuerdo, en el espacio de la lucha política, en el espacio que pertenece a lo indefinible, que es, para Koselleck, la característica principal de la modernidad.

En ese sentido, plantear un debate abierto, tolerante y democrático pensando en las manifestaciones que se sucedieron en contra de la cuarentena y el aislamiento obligatorio, nos puede permitir repensar, desandar y reconstruir estas categorías a las que se les asignaron nuevos significados, desde el sentido común, pero que, si bien son tratadas desde lugares comunes y vulgares en el marco de la enseñanza de las Ciencias Sociales, se nos presenta como una oportunidad para pensar y estudiar desde qué lugar se construyeron estos nuevos significados; quiénes son los que hoy quieren ponerlo en disputa, desde qué lugar lo están haciendo; a quién o a quiénes beneficiaría este tras-tocamiento simbólico de conceptos, a mi entender, muy importantes y significativos para la historia argentina. Sin este debate, acompañado de lo siguiente, no podremos superar la consolidación hegemónica y el imaginario colectivo que quedará para futuras generaciones sobre las experiencias vividas durante la pandemia de COVID-19. Es imperante debatir la necesidad de dar lugar —o no— a ciertas voces que quieren resignificar y desvirtuar categorías como por ejemplo derechos humanos o dictadura para su propio beneficio —o el ajeno— e intentan imponer una mirada sesgada y peligrosamente controversial sobre su real significado.

Es un debate que creo pertinente e insoslayable en todas las aulas, desde las diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales y Humanidades.

Del mismo modo, los neologismos que se construyeron al calor del confinamiento, como consecuencia de la pandemia, merecen un tratamiento. Haciendo un esfuerzo intelectual para abordar nociones que, vulgarmente, están recuperando los conceptos anteriormente citados y en su reelaboración, nos preguntamos: ¿son realmente útiles para el

análisis de la situación política y económica argentina actual? Preguntarse seriamente sobre la divulgación de los mismos será clave para pensar lo rápido que pueden instalarse en un mundo más pendiente de las redes sociales que del tratamiento riguroso de ciertos debates. Neologismos tales como: *infectadura* o *Argenzuela*, que hacen referencia al descontento que cierto sector de la sociedad quiere manifestar por el confinamiento obligatorio —mayormente, localizado en la provincia y la Ciudad de Buenos Aires—. El primero, *infectadura*, haciendo referencia a la mezcla conceptual de *infección* y *dictadura*, queriendo ¿explicar? el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio como propio de una dictadura, ya que, según ellos, se les corta la libertad de ¿circulación? El segundo, *Argenzuela*, surge debido al temor que estos sectores manifiestan de que Argentina pueda convertirse en Venezuela: calificativo peyorativo que las derechas mundiales han comenzado a utilizar de un tiempo a esta parte, para dar cuenta de la debilidad institucional y la ¿poca democracia? con la que se vive en aquel país. Es decir, Venezuela es la nueva Cuba. Se trata de un temor, aristocratizado, sobre los populismos latinoamericanos, muy propio de nuestra época, por supuesto propiciado por Norteamérica y siempre con la mirada puesta en Europa. Por último, y muy vinculado a todo lo anterior, los falsos debates que se dieron, sobre todo al principio de la cuarentena, en el comienzo de la llegada de la pandemia a nuestro país, hacia marzo del 2020, sobre la dicotomía política y social —hasta cultural, diría yo— sobre qué es lo que había que priorizar: si la economía —cabe resaltar las políticas económicas de los últimos cuatro años, donde el país volvió a sufrir una ola neoliberal, por la cual quedó endeudado y al borde del default— o la vida de las personas, en concreto, de los trabajadores. En última instancia, lo que se estaba discutiendo es cómo iban a sobrevivir las grandes empresas.

Por supuesto, que el salvataje del Estado fue, primeramente, mal visto, ¿cómo iban a pedir un plan social, una ayuda estatal, su intervención en la economía? Estos liberales de pura cepa, que ahora se hacen llamar *libertarios*, al final recurrieron al Estado, pero no sin antes incitar a sacar las cacerolas y manifestarse en contra de ese mismo Estado, aun cuando este intentó salvar miles de puestos de trabajo rescatando a una de las cerealeras más importantes del país que representa y sustenta a un sector estratégico de la economía nacional.

Es decir, lo que primó fue la presión del *establishment* económico del país que, desde tiempos inmemoriales, son los dueños de todo y, esta vez, incluso creyeron ser los dueños de las vidas de todos los trabajadores. Pero, también, fue protagonista la clase media, la cual por un lado intentaba mantener su fuente laboral —sea como trabajadores autónomos o como pequeños propietarios— y también se manifestó en contra de las políticas restrictivas, alegando —más allá del reclamo justo y obvio de la necesidad de comer— la falta de libertad individual, acuñando el neologismo *infectadura* e, incluso, algunos hasta descreyeron de la existencia del virus. Ya sabemos que el *medio pelo* argentino¹ sigue existiendo.

El docente como mediador: desafíos actuales

Considerando algunos otros elementos importantes que hacen a este contexto y como protagonistas dentro de las diferentes casas de estudio y cualquiera sea el nivel educativo en el que nos encontremos desarrollando nuestras prácticas, deberíamos pensar y reflexionar sobre nuestra profesión. Me gustaría plantear algunos desafíos o límites con los que debemos enfrentarnos, los cuales están estrechamente vinculados con la realidad socioeconómica de nuestro país. Aunque algunos de esos desafíos o límites son construcciones históricas que permanecen hasta la actualidad y otros son propios de esta coyuntura pandémica, todos contienen un componente decisivamente político y dependen fuertemente de algunas decisiones, valoraciones y prioridades políticas que los gobiernos de turno en todos sus niveles —municipal, provincial y nacional— deben comprometerse a tratar y solucionar. De la misma manera, también le compete a los futuros gobiernos asumir responsabilidades y —espero— tomar noción de lo aprendido durante las diversas experiencias que los docentes volcaremos en nuestras discusiones sobre lo vivido a lo largo de esta pandemia del COVID-19.

1 “Medio pelo es el sector que dentro de la sociedad construye su *status* sobre una ficción en que las pautas vigentes son las que corresponden a una situación superior a la suya, que es la que se quiere simular” (Jauretche, 1966, p. 9).

En ese sentido, los desafíos que, en general, todos los docentes han puesto en discusión en relación con sus prácticas durante la pandemia fueron, en primer lugar, los recursos reales, al alcance de todos, para poder desarrollar las clases virtuales: no solo el acceso a internet propiamente dicho, sino también podemos pensar como *recursos* todo lo material e inmaterial —y esto último me parece lo más interesante— de los cuales muchos han carecido. Por el lado de los recursos materiales, podemos contar desde la electricidad, el *wifi* hasta nuestras computadoras, celulares y demás dispositivos puestos a disposición del sistema educativo para asegurar la continuidad pedagógica y el derecho de nuestros estudiantes a acceder a la educación.

En cuanto a los recursos *no materiales*, requieren un espacio cómodo o propicio para desplegar su trabajo —desde un lugar destinado a realizar las clases hasta un lugar específico o propio para llevarlo adelante— y, respecto de este, podemos pensar la relación con los habitantes de la casa, la *comodidad*, el silencio que pudimos obtener o no para pensar, planificar, hacer la clase o las devoluciones, corregir, etc.; tareas que normalmente el docente suele hacer en su casa, pero que ahora las hace en circunstancias que atomizan su labor, respetando el confinamiento y abogando por ello, pero sin tener ni el reconocimiento ni la remuneración correspondiente. Esta situación agrava y dificulta su tarea, porque en vez de pensar en organizarse en este contexto para hacer lo mejor posible —que, en definitiva, es lo que muchos pudimos lograr—, lamentablemente, debe pensar en esa *plusvalía* que, hoy más que nunca, experimenta en su trabajo. Por otro lado, también podemos mencionar el recurso del tiempo para flexibilizar y adaptar nuestras clases a las nuevas circunstancias; tiempo que, en todos los casos, ha excedido el que normalmente se dedica para estas tareas; tiempo que tampoco es remunerado de una forma justa y acorde al esfuerzo sostenido por los docentes. Además, agregaría la percepción que hubo durante mucho tiempo, sobre todo al principio del confinamiento que coincidió con el comienzo del ciclo lectivo, por la que una gran parte de la sociedad —familias, medios de comunicación— distorsionaron el *quédate en casa* con las vacaciones. Esto ha perjudicado, a mi juicio, la tarea docente, ya que se ha intentado instalar, sobre todo desde los medios de comunicación, la idea de que *no había clases*. En ese senti-

do, se instaló la urgencia que muchos plantean con relación a la vuelta a clases —refiriéndose a la presencialidad—.

No puedo dejar de remarcar el lugar que tiene la escuela hoy como depósito de niños, por lo que muchos padres necesitan desligarse de la educación —alegando ignorancia o cansancio—. Sin embargo, y esto me resulta lo más interesante, luego de esta experiencia abrumadora que —no dudo— constituyó para muchos padres la educación en casa, no se ha podido revertir el discurso sobre la educación y los docentes. Seguimos estando muy distantes de la valoración y el respeto que nos merecemos como profesionales que educamos a la próxima generación. La educación pública y de calidad sigue estando ausente entre las prioridades nacionales y provinciales, de forma real, concreta y con la misma premura que se insta por la vuelta a la rutina presencial.

En segundo lugar, otro de los posibles desafíos que podemos pensar con relación a este contexto son los debates reales que debemos darnos como comunidad educativa sobre las prácticas virtuales educativas y las del aprendizaje en particular. Vinculado a lo anterior, pareció más importante *no perder el año* que preservar la vida de los niños y sus familias. En un contexto de incertidumbre, caos y peligro social para todos por igual, los debates giraban en torno a la falta de educación de los niños, jóvenes y adultos y no sobre, por ejemplo, cuán atrasados estamos en prácticas virtuales, a pesar de que la gran mayoría cuenta con un celular conectado a internet. Y, aquí, es importante destacar que dicho desafío debió enfrentarse desde todas las casas de estudios, es decir, la universidad pública de nuestro país también fue víctima de este vacío. Si bien algunas lograron establecer protocolos acordados para preparar a docentes y alumnos sobre las cursadas virtuales, aún queda mucho por hacer para facilitar, proveer y garantizar la igualdad educativa y académica.

Por último, y ligado a lo anterior, aún hoy existe una gran deuda con la educación pública y de calidad en términos inclusivos, donde sea posible garantizar desde el Estado —ya sea provincial o nacional— el acceso y la continuidad educativa a todos los ciudadanos por igual. Si creemos que la educación es un derecho, esto es fundamental. La inclusividad se puede entender en términos simbólicos —por ejemplo, dando posibilidades de cupos, de horarios, flexibilizaciones para estudiantes trabajadores, entre otros—, pero también desde el punto de

vista de las condiciones concretas y materiales —ya sea en términos de becas, dispositivos, libros, etc.—.

Finalmente, podemos decir que se impone una realidad donde el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio implica un sentimiento de incertidumbre no solo en lo laboral y familiar, sino también a nivel social. Además, los docentes nos enfrentamos a varios límites que, si bien son construcciones sociales que se podrían rastrear desde la consolidación del Estado nacional hasta la actualidad, pasando por sus obvias transformaciones y vaivenes —y que, por esta misma condición, pueden ser modificados en base a la voluntad política y la acción transformadora de los miembros de la comunidad educativa— podemos sintetizarlos en tres. Primero, la falta de reconocimiento hacia los docentes como parte fundamental de la sociedad argentina en tanto actores activos de la transformación y el compromiso social; se trata de una carencia de reconocimiento sobre todo en términos económicos, pero también simbólicos, como he explicitado más arriba en este apartado. En segundo lugar, se deben considerar los recursos con los que cuenta y no cuenta el sistema educativo argentino, no solo para enfrentar un momento excepcional de pandemia, sino también para incluir y garantizar el acceso a la educación pública, gratuita, laica y de calidad para todos los miembros de la sociedad. Y, por último, aparecen los discursos hegemónicos y dominantes que circulan en los medios de comunicación que exigen una *vuelta a clases* —apresurada, a mi entender— y desconocen la importancia del sostén que hoy siguen brindando los docentes desde lo pedagógico, pero también desde lo afectivo hacia los estudiantes de todos los niveles en todo el país.

Conclusión

Luego de este esbozo sobre algunas reflexiones generales en torno a la coyuntura actual que nos deja altos grados de incertidumbre, que aún estamos transcurriendo y de la cual seguiremos aprendiendo, lo más interesante, en definitiva, es poder dejar algunas líneas planteadas sobre consideraciones urgentes en torno a la enseñanza de la Historia en el contexto de la pandemia COVID-19. El rol de la educación, en ese sentido, fue clave para pensar y acompañar a los estudiantes que hoy se están formando, pero que mañana serán los conductores de este

país y de quienes esperamos conformen una sociedad mucho más justa e inclusiva.

A la próxima generación, los invito a seguir encontrando, en el aprendizaje de las Ciencias Sociales en general y de la Historia en particular, y recuperando las huellas de esta coyuntura actual, algunos de los problemas que hemos planteado en este artículo, para seguir pensando y resignificando conceptos que forjaron la historia argentina reciente y que son constitutivos de nuestra democracia. Pero, también, espero que este artículo les deje preguntas para problematizar su presente —que será nuestro futuro— sabiendo que, aunque esas preguntas no necesariamente tengan respuestas concretas, sí generen algunas ideas que se puedan materializar en mecanismos, políticas sociales y soluciones reales con base en esta experiencia, para crear así, entre todos, una sociedad más justa, igualitaria y solidaria. Espero también que, para los próximos argentinos, la democracia no sea un concepto abstracto ni lejano y que las Ciencias Sociales y la Historia, en particular, puedan seguir siendo una herramienta de análisis crítico, fuertemente arraigada en el presente, mediante la cual se cuestionen los discursos dominantes y se les pueda hacer frente en el marco de una ciudadanía tolerante, activa y solidaria. Porque creo que pensar en el Otro hoy —sea cuando sea que estés leyendo esto—, también, significa pensar en el mañana de todos.

Bibliografía consultada

- Abellán, J. (2007). En torno al objeto de la historia de los conceptos de Reinhart Koselleck. En E. Bocardo (ed.), *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios* (pp. 215-248). Tecnos.
- Bourdé, G. y Martin, H. (1992). *Las escuelas históricas*. Ediciones Akal.
- Jauretche, A. (1966). *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*. Ed. Peña Lillo.
- Luque Lozano, A., Ortega Ruiz, R. & Cubrero Pérez, R. (1997). Concepciones constructivistas y práctica escolar. En M. Rodrigo & J.

Arnay (comps.), *La construcción del conocimiento escolar* (pp. 313-336). Paidós.

Real Academia Española. (s.f.). Anacronismo. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en 18 de agosto de 2020, de <https://dle.rae.es/anacronismo?m=form>